

dia la poderosa influencia del ejército. Nerva no pudo conjurar aquel gran peligro, sino imitando la conducta de los pasados emperadores, y transigiendo con los pretorianos. Pero contaba con otra fuerza. Inmediatamente que los estóicos tuvieron el anuncio de que Nerva subía al Capitolio, abandonaron sus destierros y se dirigieron á Roma á llevar al emperador la luz de sus inteligencias, la fuerza de sus ideas. El pretoriano, que conoció que un triunfo de la razón era una derrota de la fuerza, se revolvía contra los filósofos, y amenazaba destruir aquella revolución que no por pacífica dejaba de ser profunda y radical. Así algunos de aquellos filósofos contrastaron con la elocuencia de su palabra la fuerza de las armas; Dion Crisóstomo desarmó un ejército pronto á sublevarse contra Nerva. La idea estóica, como una aura suave, se suspendía sobre aquel mar alborotado, y apaciguaba sus soberbias ondas. Así Nerva para reformar el Imperio, no reformaba ni las leyes, ni las instituciones, ni el gobierno; reformaba con mejor consejo el hombre interior, el alma y las costumbres. ¿Qué institución no estaba corrompida y gastada en aquella universal decadencia? El estoicismo, solo el estoicismo podía renovar la idea política de Roma. Mas el estudio del estoicismo no puede, no debe comprenderse, sino delante de sus mas grandes personificaciones, de los Trajanos, de los Antoninos, de los Aurelios. Y así veremos cómo el espíritu humano se va acercando á los altares del Cristianismo á recibir la luz venida del cielo.

Postrémonos, señores, ante la Providencia. Entre estas guerras tan continuas y tan atroces, en esta série de crímenes, de matanzas; cuando parecia que el mundo iba á concluir bajo el peso de la tiranía y del crimen, Dios, cuya justicia centellea en toda la historia, estendía su mano omnipotente y hería la tierra para que la idea estóica se levantara á realizar el derecho, y hería el cielo para que la idea cristiana que habia brotado en el Calvario, estendiera su luz y su calor en la conciencia humana.—He dicho (1).

(1) Debo dar algunas esplicaciones cortas al público del Ateneo y á los lectores de esta obra. Empecé este año mis lecciones, pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que mas amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiese sido posible. No es dado en estos amargos dolores, sver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado para desperdiciarlo, el soplo de tiempo, de que vivo. He decidido escribir mis lecciones y cumplir mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo. Les faltará á las lecciones escritas, el entusiasmo del momento, que infunde en las venas del orador las simpatías del público, pero ganarán en sistema y en rigor científico. El público me dispensará estas cortas palabras necesarias para explicar la continuacion de la obra.

EL MUNDO ROMANO.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Hemos examinado el Imperio en Roma; pero no hemos examinado el Imperio en el mundo, no hemos visto el estado de todas las razas y de todas las gentes en este maravilloso período de la historia. Antes de convertir los ojos á la idea cristiana, es necesario ver pasar las razas, ó enemigas de Roma, ó sometidas á Roma. En esta larga procesion de pueblos y de gentes poco podremos detenernos; porque si bien hay entre ellas naciones mártires que se sacrifican por conservar la independencia, naciones elegidas de Dios, que llevan en su frente el sello de su soberanía sobre el porvenir, y en sus labios la interpretacion sublime del destino; naciones artistas, que aún pueblan en su postracion y en su muerte de cánticos los aires; naciones esclavas, que arrastran pesadas cadenas, y merecen el tributo de una lágrima; naciones guerreras, que cubren con el polvo levantado por sus huesos los límites de los horizontes romanos; naciones inocentes, primitivas, que exhalan el aroma de una nueva civilizacion de su alma no tocada por la gangrena del vicio; naciones religiosísimas, que á manera de solitarios cenobitas, se consagran á Dios en el templo, y al pié del altar pasan su vida que se pierde como el leve humo de los holocaustos, á pesar de esta variedad de índole en las razas, y de destino

en los pueblos, como todos se convocan al pié del Capitolio para unir é identificar sus almas estudiando y comprendiendo á Roma, hemos estudiado y comprendido todo el mundo. Sin embargo, será bien ver las naciones y estudiarlas en el momento en que la antigua República se transforma en Imperio.

Dos grandes razas se dividen en el mundo, y realizan dos distintas ideas en la sociedad antigua, la raza indo-europea y la raza semítica. La raza indo-europea venida de las orillas del Indo habia sido una raza guerrera y artista. La espada era el símbolo del poder, y la lira el símbolo de su inteligencia. Esta raza ha peleado y ha cantado en toda su larga peregrinacion por la tierra. En verdad que toma diferentes caracteres, segun las regiones por donde pasa; pero siempre lleva impreso en la frente el sello de su origen. Cuando llega á Grecia, su privilegiada imaginacion se bafia con el rocío de la mañana, en los resplandores del sol, en las ondas de aquellos celestes mares; y recogiendo toda la hermosura de la naturaleza, se transforma en artista, y el mármol y las tablas no bastan á encerrar todo el fuego y todos los varios colores de su ardiente fantasía. Cuando llega á Roma, el ardor guerrero la posee, y su espada renueva toda la tierra. La imagen mas perfecta y acabada de esta privilegiadísima raza es Alejandro, poeta, artista, cantor como un griego, que descuelga de los árboles del Pindo la lira de Homero, llevado en las alas de la victoria, y seguido de su pueblo y de sus huestes llama á las razas con el regalado acento de su voz al mismo tiempo que va con su espada hiriendo los viejos templos, los altares, los ídolos, y recorriendo la tierra para abrir surcos donde sembrar una idea poderosa y grande, á cuya sombra puedan respirar todos los pueblos, porque su gran alma, llena de sublimidad y sentimientos, estalla, por parecerle estrecho el seno de su raza, y quiere dilatarse y crecer y tomar mas fuego, y mas vivos colores en el eterno seno de la humanidad. A esta raza pertenecian los persas, los medos, los griegos, los latinos, los germanos, los celtas.

La raza indo-europea se veia contrastada en la historia antigua por la raza semítica. Nacida á orillas del Tigris, la mente de esta raza no se habia perdido en el seno de la naturaleza como la mente de la raza su antagonista. Su idea madre, la idea de toda su civilizacion, era la idea divina. Así como á la raza indo-europea pertenecen los artistas, á la raza semítica pertenecen los reveladores, los theurgos. Así como el símbolo de la raza indo-europea es la espada, el símbolo de la raza semítica es la espada y el altar. Raza encerrada en sus de-

siertos, imaginacion ardiente y poderosa, de pensamientos profundos, dada á la meditacion, dispuesta siempre al sacrificio, la raza semítica debia derramar la idea religiosa en el mundo. Alejandro, poeta y guerrero, es el símbolo de la raza indo-europea, y Moisés, guerrero, pastor y sacerdote, es el símbolo de la raza semítica. La raza indo-europea debia crear la idea de la humanidad; la raza semítica debia ser la escogida del cielo para revelar la idea de Dios. Por eso, su filosofía era teológica, su gobierno la teocracia, su guerra una eterna guerra de religion. Los pueblos que pertenecian á esta raza eran los hebreos, los árabes, los fenicios y los cartagineses.

Notadlo, señores, todo en la época que vamos historiando tendia á la unidad. El pensamiento semítico y el pensamiento griego se unian en Alejandría. Atenas y Jerusalem caian bajo el yugo de Roma, y enviaban sus dioses al Panteon. Y la humanidad y la divinidad se unian, se reconciliaban en el seno del Verbo, en Jesucristo. El mundo antiguo resolvia todos sus antitesis, todas sus contradicciones en ciencia, en política y en religion, para plantear la tesis de una nueva civilizacion, la primer palabra de una nueva ciencia, el espíritu de una nueva humanidad. Mas, señores, no es nuestro objeto este, nosotros vamos á ver el estado de los diferentes pueblos sometidos al imperio romano.

Veamos el estado de los diferentes pueblos. Ademas de las dos razas principales de que hemos hablado, en Europa se encontraban pueblos indígenas, cuyo origen era difícil comprender, ni aun adivinar. En estos pueblos se encontraban al Sur los iberos, que habian mezclado su sangre con los celtas, y al Norte los finandeses que habian mezclado su sangre con las tribus germánicas. Los iberos, eternos soldados, velaban sus armas en las cumbres del Pirineo, y corrían á todos los combates, do quier fuese necesario dar su sangre por algun pueblo; hombres, cuya cuna habia sido mecida por los huracanes. Los celtas, pueblos guerreros y mas sacerdotales, pasaban su vida sacrificando á los dioses en el seno de sus oscuros bosques, y poblaban las Galias, la Britania y los desfiladeros de los Alpes. Los germanos se estendian desde las nebulosas orillas del mar del Norte hasta el Caspio; y desde el Rhin y el Danubio, encerrados en sus pajizas chozas, miraban con envidiosos ojos la tierra del sol, del vino y del amor, que sus padres les enseñaban como la herencia de su valor y de su fuerza. La raza helena, asentada á la puerta del Asia con religioso respeto, como un neófito á la puerta de un templo, ago-

tada ya su propia vida y su propio pensamiento, veía los pueblos que se levantaban en el mundo á los golpes de las espadas romanas, é interpretaba su pensamiento, y recogía sus almas; eterna testamentaria de la ciencia en todos los pueblos. En el trono del mundo, en la península italiana, el pueblo romano se levantaba con el eje de la tierra en sus manos, la idea del derecho en su frente, el sentimiento humanitario en su corazón, recibiendo propicio las ideas de todos los pueblos, y trasformándolas y convirtiéndolas en leyes generales, que encerraban el primer boceto de la idea de la personalidad humana, de esa idea borrada por la historia y esclarecida por la conciencia inmortal de nuestro siglo.

Las orillas del Mediterráneo estaban pobladas de numerosas razas semíticas, fieles á su origen y á su destino. Sin embargo, estas razas solitarias, cenobíticas, se habían unido (con otras razas distintas en Egipto, en la Armenia, en Palestina, en la Siria. A pesar de su tendencia á la soledad y al aislamiento, en esta hora suprema de la fusión de las razas, de la unidad de los pueblos, la raza semítica abandonaba sus templos, é iba al pié de las pirámides, á las escuelas de Grecia y Alejandría á respirar gozosa las grandes ideas universales y humanitarias. A todos estos pueblos se mezclaban pueblos guerreros. Al mismo tiempo que los germanos se baten avanzando, los pueblos persas, los guerreros del Asia, se batían en retirada. Los primeros son los soldados de una nueva idea, de una civilización joven, y los segundos son los soldados de una idea que desaparece, de una idea que se estingue. Y lejos de los límites del imperio, apartadas del mundo romano, le encontraban las razas puramente indias, que alguna vez, desde lejos, veían las espadas de los romanos, y las velas de sus naves, sin poder imaginar nunca que aquellos guerreros, aquellos audaces navegantes, aquellos domadores del orbe eran sus hijos y les debían vida y alma. El orbe romano, con su alta inteligencia, con su cortante y victoriosa espada, disciplinaba, unía estas diversas razas; los parthos feroces; los germanos que aullaban en sus carros; los ágiles iberos, rayos de la guerra; los cabelludos galos, los sacerdotes celtas, arrancándoles de sus aras, que destilaban sangre humana; los cimbrios, los teutones, que alfombraron con sus cuerpos, en los campos pútridos el camino del Capitolio; los semitas, que habían recibido en sus venas la sangre de los griegos y de los etiopes; las razas célticas, que sentían helarse en su frente la idea de la inspiración divina y apagarse en sus labios las palabras de las antiguas

teogonías; y parthos y germanos, y galos, y celtas, y todos los pueblos, ora por la guerra, ora por el comercio, ora por la servidumbre, unidos, mezclados, confundidos, formaban con la sangre de sus venas, con las ideas de su inteligencia, con la identificación de su recuerdo y de su origen el cuerpo de la nueva humanidad, que el Cristianismo necesitaba para producir la maravillosa transformación del mundo, que venía á cumplir con sus sacratísimos dogmas.

Vamos á ver cada uno de estos pueblos en el instante de la transformación del mundo. Al Occidente, en las tierras donde se ponía el sol, se levantaba la hermosa estrella de la tarde, España. El mundo antiguo la adoraba, porque en su seno el sol había forjado sus rayos de oro; porque en sus deleitosos campos habían los dioses puesto sus Eliseos. Todas las razas, al ver esta privilegiada tierra, alzándose entre dos mares, querida del cielo, besada por el sol, ceñida de todas las flores, llena de amor, de esperanza, de vida, habían creído encontrar en su seno aquella primitiva inocencia, aquel eden, cuna de la humanidad, que lloraban perdido. Y esta tierra hermosa, de vida inagotable, esta tierra saludada por los navegantes antiguos, como la diosa en cuyo seno iba á dormir el sol; querida de los campesinos como el extremo de la fecundidad de la naturaleza; codiciada por el comercio, como el tesoro de la humanidad; bendecida por los poetas, saludada por las antiguas teogonías, como reflejo de otro mundo mejor, es nuestra patria, sí, esta patria querida, que por sus sacrificios, por sus largas guerras, por la sangre que ha dado en aras de la humanidad, por los beneficios que ha hecho al mundo, por su eterno número; guerrera de la historia moderna, que ha salvado á la civilización de mil catástrofes, arrojando á sus amigos con sin igual heroísmo sus propios hijos; merece nuestro amor, sí, merece que le consagremos todas las ideas de nuestra inteligencia, todos los sentimientos de nuestro corazón, si hemos de ser dignos de continuar su historia, y de llamarlos con gloria y con orgullo sus hijos. Y el pueblo español había resistido con sin igual esfuerzo á la dominación romana, levantándole en su camino guerreros como Yndibil y Mandanio; héroes como Viriato, que en el caos de la historia antigua, adivinaba la idea de la nacionalidad; ciudades como Numancia, que prefería ahogarse en sangre, y desaparecer entre el humo y las llamas á ser sierva; razas como los lusitanos y los astures, que hacían de sus montañas fortalezas, y de sus bosques lanzas y chuzos para detener á la reina de las naciones; mártires, como los formidables vascos, que peleaban tres

siglos, sin perder fuerza; que morían cantando en la cruz; que se ahogaban en el seno de los mares, ántes que entrar en Roma atados al carro de sus vencedores; ejemplos sublimes, que enseñan que la libertad, alma del siglo XIX, ha sido una idea natural siempre en nuestra patria, el instinto de nuestra infancia, el amor de nuestra juventud, el alma de nuestro carácter, el eterno ideal de nuestra desconocida historia.

Desde los Pirineos á los Alpes se estendian aquellos antiguos pueblos, que abrasaron el Capitolio, que pusieron espanto y terror en el pecho de Roma; dados á descender al seno de la tierra á buscar el oro, y á levantarse á la cima de los muros á buscar la victoria; ligerísimos como el águila en los combates; impetuosos en sus ataques y en sus fugas; amigos de librar su fortuna militar en el primer empuje, aficionados al peligro, dispuestos á desafiar sin armas á sus enemigos, hábiles cazadores, consumados arqueros, ganosos siempre de conservar su inocente primitiva vida; frugales en sus convites, que consisten en asar en una hoguera la carne de los bueyes; habitantes de pajizas cabafias, sin mas lecho que una piel de oso; hospitalarios, entregados á sus sacerdotes hasta el punto de ofrecerse por víctimas expiatorias en el ara del sacrificio; envueltos en su larga y rubia cabellera como en un manto, hábiles en manejar los caballos, en cuyas crines colgaban las cabezas de sus enemigos; y á pesar de esta índole guerrera, vencidos en ocho combates, á diferencia de los españoles, que resistieron tres siglos, y entregados al poder incontrastable de Roma. Todos comprenden que hablo de los galos. Julio César es su conquistador; Augusto funda su administracion; Tiberio y Claudio quieren borrar su idea religiosa. En efecto, sus templos son bosques inmensos y espesos, criados con toda la espontaneidad de la naturaleza; piedras célticas, que indican el curso de los astros, son sus dioses; poetas privilegiados, que encierran en sagrados versos los dogmas de la trasmigracion de las almas, son sus sacerdotes; adivinaciones mágicas de lo porvenir, hechizos, conjuros, fórmulas pavorosas, su teología; aras manchadas de sangre, cubiertas de restos palpitan-tes, aras que han absorbido por sus poros la vida de infinitas generaciones, son sus altares; y el holocausto mas propicio á sus dioses bárbaros y antropófagos, la vida de un jóven, que se disipa en los aires al par que el humo de sus hogueras. Esta religion bárbara debia ser arrastrada por Roma, destinada á preparar la conciencia para una religion mas sublime.

Los galos se daban la mano con los pueblos y tribus de los Alpes. Esta inmensa cordillera separaba la Italia de las Galias traslapinas; de los pueblos germanos y de la Tracia; y desde sus nevados picos se descubrian á lo lejos las ondas del Mediterráneo, y los bosques umbrosos del Norte, poblados de tribus feroces. Estos pueblos de los Alpes eran un peligro inminente siempre para la Ciudad Eterna; porque desde sus guaridas descendian á talar los felices campos de Italia, y llegando á las riberas, se estendian por el mar, é infestaban de piraterías las costas. Cuando el pueblo rey enviaba contra ellos sus huestes, los riscos les servian de guarida, de fortaleza, como al águila; y cuando no temian á sus enemigos, bajaban, cortaban los troncos de los árboles, los unian gruesa y pobremente, y entregábanse á toda la uria de los elementos; siempre dispuestos á la guerra, á vivir y respirar entre las tempestades. Los restos de los naufragios, las tablas de las naves, que el mar arrojaba á la orilla, servianles para construir sus viviendas. Los Alpes Julianos, los Alpes Armónicos, los Alpes de Pannonia, los Alpes Tracios, estaban poblados de estas tribus, que eran como la vanguardia de los bárbaros. Entre estos, los ilirios eran los enemigos mas irreconciliables y mas audaces de Roma. El Senado, en tiempo de la República, no pudo llevar sus armas contra estos pueblos, porque la conquista de Italia y de España y del Oriente no le consentian punto de reposo para tomar fuerzas y escalar aquellos inmensos desfiladeros. Mas, al espirar la República y comenzar el Imperio, Roma necesitó tener á raya á aquellos pueblos feroces, y obligarles á que pronunciaran su nombre con temor, y vieran su imágen siempre delante de sus ojos con asombro. Así Roma iba por medio de la guerra llevando á todo el mundo la paz, y la unidad á todas las razas.

Estendida en el Pindo, verdadero Apenino de Grecia, se levantaba Macedonia como una fortaleza, contra la irrupcion de los pueblos bárbaros, como centinela que tenia Roma para velar el suefio voluptuoso de Grecia. Macedonia se entregó á los enemigos del César, y divinizó el puñal de Bruto. Pero convirtamos nuestros ojos á un país mas hermoso, á la cuna de la civilizacion. Grecia, fiel á su idea, do quier veia una pavesa de libertad, se inclinaba á reanimarla, porque la libertad era el resplandor de su alma. Y sin embargo, Grecia estaba herida y despoblada. El Epiro, aquel pueblo tan libre, solo daba esclavos al mundo; el monte Eta, cuya cima habian hollado los dioses en sus alegres fiestas, yacia despoblado y solitario como el ara

de un altar destruido; la Etolia no oía resonar en sus espacios los cánticos de los poetas, y los vientos al pasar por sus desiertos, por sus ruinas, lanzaban un plañidero gemido, que era como el dolor de la naturaleza por la muerte de sus pueblos mas amados; la Arcadia, la feliz Arcadia no tenia una flor en sus rientes campos, convertidos en salvajes bosques, por donde corrían las fieras que ahuyentaban los antiguos pastores de aquel país sereno como una égloga; Thesalia, esa tierra querida de Apolo, centellante de alegría, que guardaba en cada una de sus flores una idea poética, se habia consumido y era un monton de cenizas; Atenas, la diosa de la humanidad, la eterna artista de la historia, yacia en el lodazal de lágrimas y sangre, que habian amasado á sus piés las crueldades de Sila, y solo se curaba de interpretar y leer el pensamiento del Oriente, abandonada de su númen y de su génio; la Mesia, cuyas armas habian sido tan poderosas, yacia sin fuerza y sin valor, muerta sobre su escudo como sus hijos cuando caian en los combates; la antigua Cytheres era un peñasco solitario; las Cycladas, las hermosas islas, que habian dado inspiracion á tantos poetas, pensamiento á tantos filósofos, aquellas islas, que en medio de los mares levantaban templos, que eran la esperanza de los navegantes, se habian convertido en nidos de piratas; la encina sagrada de Dodona ya no veía aparecer bajo sus ramas á la inspirada sacerdotisa á buscar con ávidos ojos la media luna perdida como una nubecilla en el celeste éther; el consejo de los Anfictiones no se reunia á confundir las ideas y los corazones de todos los pueblos griegos; el Júpiter Olímpico de Fidia, el Júpiter de marfil y oro, con su hermosura celeste, con su frente inspirada que se perdía en las nubes, solitario y abandonado yacia en la Elida, como decrepito anciano, viviendo con las limosnas de un descendiente del Dios de los judíos, su eterno enemigo; la poesía de la naturaleza espiraba; y Grecia entera arrancaba á sus aras el fuego de la inspiracion, de la vida, é inundaba con sus reflejos la frente de otros pueblos, quedándose abandonada, moribunda, lanzando aun al morir un gemido que era como el último eco de sus divinos cánticos.

A pesar de esta gran decadencia de Grecia, todas las almas que en el mundo amaban la hermosura, convenian que Grecia era la eterna patria del génio, la eterna musa del arte. Reclinada sobre sus ruinas, aún conservaba con amor los últimos destellos del paganismo. Esclava, aún sentía errar por sus olvidados valles y sus ruinosas ciudades el grito santo de libertad, tan propio de Grecia como los símbo-

los de sus dioses homéricos. Unida á Roma, amarrada á su carro de triunfo, su pensamiento era aún el pensamiento de los filósofos romanos; su habla las delicias de los señores del mundo; su Parnaso, la inspiracion de los poetas; sus artes el eterno ideal del génio, el modelo donde se miraban todas las inteligencias. Las almas religiosas, que aún quedaban en el seno del paganismo, iban á visitar los templos de Delfos como la cuna de su religion, como el altar mas grato á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentían que en Grecia estaba la miel de la inspiracion guardada en aquella flor que no habian completamente deshojado los huracanes de la guerra. Ciceron ensayaba al compas de las ondas del Pireo sus rotundos y armoniosos períodos, porque aquellas ondas habian sido la eterna música de los oradores; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna ó en las altas cimas del Himeto, porque allí estaba escondida su suma, la suma de la naturaleza; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba vida para su génio, porque allí se escondian aún las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capenna, en la via Apia, se oía en tiempos del imperio hablar el griego como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia destruida, por Grecia agotada, habia llegado á su colmo. Sentíase hácia la Pitonisa de la historia antigua esa mezcla de amor y pena que sentimos delante de un bajo relieve roto, de una estatua bárbaramente mutilada. La pena de la destruccion de Grecia aumentaba el amor á Grecia. Mecenas parecia un griego; Augusto se habia educado en sus escuelas; Tiberio amaba á Grecia y se gozaba en contemplar sus ruinas; Claudio llamaba al griego y al latin nuestras dos lenguas, y no habia en Roma, entre las aristocracias del génio y de la cuna, quien no fuese mas de una vez en su vida como peregrinando á la hermosa Atenas. Pero sobre todo, el que amó á Grecia fué Neron. El amor de Neron á Grecia era como el amor de Neron al arte, desenfrenado, infinito. Vestido con la túnica griega, envuelto en el palio de púrpura, calzado el coturno de los héroes y los dioses, ceñido el cabello como las antiguas estatuas de Praxíteles y de Fidia, luciendo su rostro hermoso como el rostro de Apolo embellecido por la inspiracion y por la corona de laurel, de pié sobre su carro tirado por blancos y briosos caballos de Thesalia, con las riendas de cintas arrojadas al viento; seguido de un ejército, que en vez de armas llevaba cítaras flautas y liras; saludado por los coros de las vírgenes que repetían los antiguos ver-

soa heroicos de Sofocles y Esquilo; pisando flores del Pindo, coronas de laurel y oro; hablando el antiguo lenguaje de los poetas y de los dioses, Neron revivia en Grecia; y en los templos era un sacerdote; y en la plaza pública un tribuno, que arrancaba á la tiranía de Roma las ciudades aqueas y les daba independencia y libertad; y en el teatro un farfante, un cantor; y en los juegos olímpicos y phithios el mas hábil en manejar el carro; y en los campos un antiguo poeta de la Arcadia; y en las orillas del mar un navegante griego; y delante de toda la Península Griega un Alejandro; pues hasta hirió con azadón de oro el istmo de Corinto para romperlo y mezclar las aguas del mar Egeo con el mar de la Jonia: que en su amor al arte creía que abrazándose á Grecia, suspendiéndose con un beso de amor infinito á sus labios, perdiéndose en su seno, Grecia le habia de infundir su génio, le habia de regalar la inspiracion de sus antiguos poetas.

¡Qué fantasía la de Neron tan exaltada! ¡El! tirano del mundo, dió libertad á las ciudades aqueas. En su imaginacion se creía un tribuno de la antigua Grecia, un habitante de sus ciudades. Para que el pueblo romano jamas pudiera delse de esta emancipacion de uno de sus esclavos le dió en cambio otras regiones. Durante los tiempos de Galba, de Othon, de Vitelio, Grecia gozó de libertad que duró hasta los tiempos de Vespasiano. Sin embargo, Grecia no pudo reponerte de su abatimiento y de su triste decadencia. Solo Corinto, destruida por los romanos, reedificada por el pensamiento humanitario de César,alzada entre el mar Jónico y el mar Egeo, que la arrullaban con sus ondas, rival de Alejandría, lazo de union tambien fortísimo entre Europa y Asia; por su comercio, por los navegantes que llegaban á sus puertas, por su magnífica situacion en el Mediterráneo, desafiaba el destino de Grecia, y guardaba un reflejo de aquella vida gloriosa que huía de su patria, perdiéndose como la estela que se desvanece sobre las ondas, en el seno de los antiguos tiempos.

Y la decadencia de Grecia alcanzaba en esta época á sus antiguas colonias, á la hermosa Sicilia, llamada la Gran Grecia. Ciceron nos la pinta en su tiempo rica, floreciente y hermosísima. Teócrito, en su paleta inspirada, llena de colores y de matices, nos describia esta isla con sus volcanes, con sus campos dorados por el sol, con los verdes reflejos de sus oscuras ondas, con sus pastores y sus navegantes. Esta region preciosísima habia sido el refugio de los expatriados de Grecia, el asilo de poetas y artistas, que desde sus riberas creian ver á lo lejos, entre los matices del horizonte, la imágen querida de su patria. Y

sin embargo, esta isla tan hermosa, faro del Mediterráneo, númen de Virgilio y de Teócrito, templo de divinidades campestres, en este primer siglo que hemos examinado se encontraba arruinada y desierta. Las guerras cartaginesas habian talado las riberas que miraban al Africa; las guerras romanas habian talado las riberas que miraban á Italia; las guerras serviles habian talado el centro de la hermosa Sicilia. Solo quedaban en pié Agrigento, aquella colonia fatal á los cartagineses; Siracusa, que habia quedado reducida á triste abandono; Messina, arruinada por las legiones de Sexto Pompeyo, y algunas otras ciudades, todas abatidas y destrozadas. Los romanos esterilizaban este país, le pedian mas de lo que podia dar, y habian agotado completamente su vida. Pero esta isla tan hermosa aun en su tristísimo abatimiento y postracion, hablaba á la imaginacion con muda elocuencia, porque sus campos y sus ciudades habian sido el templo de grandes ideas; la inspiracion de inmortales poetas; la tripode, desde donde el genio de Grecia enviaba sus dulces rayos á Roma. Entre las islas griegas, mas al Oriente, se alzaba la preciosísima isla de Creta. En la historia del pensamiento humano, Creta cumplia un destino maravilloso, ejercia un misterio sublime. Allí, en aquella tierra de bendicion, las ideas orientales se templaban para pasar á Grecia, y continuar así la historia de la vida de la humanidad. La isla de Creta es en la historia universal como el anillo nupcial de Grecia y el Oriente, como el eslabon de estas dos regiones, como el instante misterioso que unia unos tiempos con otros tiempos, unas civilizaciones con otras civilizaciones. Allí los dogmas mitológicos venidos del Asia, perdieron su larva, y se levantaron en alas de la inspiracion á una nueva vida. Sin Creta, las ideas venidas del Oriente, como esas semillas llevadas por las alas del aire, hubieran ahogado á Grecia, ó tal vez Grecia hubiera devorado esas ideas. Creta templaba un poco la antitesis radical del Oriente y la Grecia. Así, trasformando las ideas orientales, las daba á Grecia. Los dioses del Asia, piedras informes, troncos de árboles, cabezas de carnero, columnas destrozadas, allí en Creta perdian su dura corteza, y se levantaban á tomar la forma humana, para que despues Grecia les cifera la corona de su inspiracion y los inundara con los resplandores de su misteriosa hermosura. Mas en la época que nosotros describimos, Creta habia acabado su destino. Ya no tenia ninguna idea que comunicar á Grecia, ya nada podia enseñar al mundo. Y como los pueblos que cumplen su destino desaparecen, Creta desaparecia entre las ondas de los

mares, como la poetisa Safo. Aquella isla tan rica en mares, al comenzar el imperio, no tenia una nave. La guerra de los piratas la habia destrozado, como la guerra de Sila destrozó la Atica, y la guerra de César la Thesalia, y la guerra servil la Sicilia. Su espacio, que Aristóteles señalaba como el mas hermoso para fundar un gran imperio, era como un solitario peñasco, donde anidaban las aves marinas. El pueblo mas marítimo de la antigua Grecia no tenia un navío, y este mismo destino cabia casi á todas las islas y colonias griegas, escepto á Byzancio, que presentia ya que en la edad media habia de cumplir para el mundo moderno el mismo maravilloso misterio que Creta habia cumplido para el mundo antiguo; porque siempre que la humanidad siente el anhelo de una nueva idea necesaria para su progreso, Dios entrega á un pueblo la copa de la vida y la llave misteriosa del destino.

Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, como rechazando las olas del Egeo, se estendia el Asia Menor, que merece tambien toda nuestra atencion y estudio. El Haliso, que era el rio principal de esta region, separaba dos grandes razas; al Occidente los pueblos de raza indo-europea; al Oriente pueblos de raza siro-arábiga, de raza semítica. Entre estas dos razas extremas habia una raza intermedia, los frigios, en cuya lengua se ven caracteres semíticos é indo-europeos. El pueblo frigio habia sido como un profeta de la civilizacion griega. Sus artes fueron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, habia sido invencion de este pueblo. En sus campiñas encontró Apolo un rival mas músico, aún, segun los frigios, que el que ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los mundos. Allí nació el culto de Cibele, la madre-tierra, que despues habia de espiritualizar la Grecia. Sus sacerdotes tenian algo del carácter cenobítico del Oriente, y se consagraban á la castidad y al culto, dándose á las fiestas, en que el misticismo antiguo vagaba en incesante delirio. Y sin embargo, este pueblo, como los Licios sus compañeros y hermanos, habia caído en tal abyeccion y abatimiento, que solo servia para dar esclavos á la tierra, mostrando así cuán infelices son los pueblos que agotan su libertad, verdadera fuente de su vida. Estos pueblos sintieron profundísimo y amargo dolor, cuando los romanos en su carrera triunfal llegaron á sus puertas, y les arrancaron la piedra sagrada de Pesinunto, ennegrecida por las sombras de los pasados tiempos, eterna compañera de sus alegrías y de sus dolores. Pero lo mas hermoso del Asia

Menor eran las colonias griegas, donde el espíritu helénico habia derramado su purísima é incorruptible sávia. Allí estaban las ruinas de la antigua Ilion, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardia libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar á la mas apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que era como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes que tomaba las armas para defender sus museos, cuando no las habia tomado para defender sus leyes; allí Homero habia sentido el calor de la inspiracion divina, habia derramado sus primeros cánticos, habia pulsado aquella lira, que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos los siglos: allí, en fin, habia nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaria de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia habia sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden orgullosas en el cielo, tomando todos sus matices; bosques poblados de los mas hermosos árboles del Asia, de cedros olorosos, de palmeras, cubren sus campos; rios caudalosos y claros despeñándose por sus riscos reflejan el claro horizonte centelleante de alegría; sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseñores, y toda aquella hermosa tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipacion del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, á pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva al principiar la era cristiana su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad, pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de la igualdad tan arraigado en su corazon, su organizacion democrática, sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaban para conservarlas. Roma, sin embargo, imponia contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos casi se vieron exhaustos. Roma dividió en tres provincias aquella region; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. El mundo romano llevó allí su gobierno, sus armas, sus ejércitos; pero no pudo grabar en este pueblo tan original su grande y poderosa idea, que era el alma de la humanidad, el destino del mundo.

Entre el mar de Chipre y el Eufrates, en las grandes ramificaciones